

Antonio Rodríguez Huéscar

Diálogo con José M.^a BENAVENTE BARREDA



Antonio Rodríguez Huéscar se jubiló el año pasado como catedrático de instituto. Once años atrás lo había hecho como catedrático de la Universidad de Puerto Rico. Es, además, uno de los más representativos discípulos de Ortega, formando parte de lo que ha dado en llamarse la Escuela de Madrid.

De mediana estatura, enjuto, con el pelo entrecano, mira con viveza a través de los cristales de sus gafas: tiene unos ojos inquietos, escrutadores, irónicos, rematados por unas cejas en pincel. Me recibe en un despacho amplio, luminoso. Las paredes están cubiertas en su totalidad por librerías, cuadros y fotos. Una mesa, junto a la ventana, también llena de libros y de escritos en gestación. Todo tiene la sobria elegancia de su ocupante.

La conversación empieza distendida, porque Antonio Rodríguez Huéscar, como hombre que es de auténtica valía, tiene también una profunda humanidad, un sexto sentido peculiar para que nadie se sienta incómodo en su presencia. Mi coloquio con él transcurrió como sigue:

ANTONIO Y SU CIRCUNSTANCIA

—Antonio, creo que las primeras preguntas que debo hacerte, tratándose, como se trata en tu caso, de un filósofo de la razón vital, son las que se refieren a tu vida misma. Si te parece vamos a hablar de ti y de tu circunstancia. ¿Dónde y cuándo naciste?

—Nací en Fuenllana, provincia de Ciudad Real, en 1912. Es un pueblecito totalmente agrícola, a cinco kilómetros de Villanueva de los Infantes, en pleno Campo de Montiel.

—Te viniste, desde Fuenllana, a estudiar a Madrid. ¿Requería eso, en tu época, una base económica sólida?

—Relativamente. En aquella época, sin duda, el seguir una carrera universitaria, requería, en la mayoría de los casos, el pertenecer a una familia más o menos acomodada. En las clases económicamente débiles, casi ni se pensaba en que los hijos estudiaran, no ya carreras universitarias, sino ni siquiera el bachillerato; y con frecuencia no terminaban la enseñanza primaria. Naturalmente había excepciones, que confirmaban la regla. En esto, afortunadamente, las cosas han cambiado mucho. Hoy, en el medio rural, al menos en el que yo conozco, estudian casi todos.

—¿Tu caso cuál es?

—Mi familia era de agricultores. Mi padre era también maestro aunque no ejercía. Y era escritor. Versificaba muy bien. Colaboraba en periódicos, sobre todo en «Las dominicales del libre pensamiento», porque mi padre era librepensador. Desgraciadamente no pude tener apenas comunicación con él, porque murió cuando yo tenía 13 años. Mi padre, que era un labrador acomodado, y con claras aficiones intelectuales, creó el clima para que sus hijos hiciésemos carrera.

—¿Te consideras un hombre del pueblo o de la «élite» intelectual?

—Creo que la disyuntiva no es correcta: sus términos no se excluyen necesariamente sino que pueden armonizarse y coexistir. En muchos aspectos me siento radicalmente vinculado al pueblo, e implantado en él a través de múltiples y profundas raíces. Creo que quien carezca de este fundamental afincamiento en el *humus* del pueblo es un hombre incompleto. (En esto tu sabes que puede haber mucha confusión. Por ejemplo, Ortega, tópicamente considerado como un *elitista* y hasta «aristócrata», y sin embargo, fue uno de los intelectuales más profundamente identificados con su pueblo). No me siento nada *elitista*; pero tampoco tendré la hipocresía —muy común— de no reconocer que, por el mero hecho de haber elegido como dedicación la filosofía, nos condenamos a pertenecer a una *minoría* (que no es lo mismo que una *élite*) más o menos «selecta». La filosofía, como sabes muy bien, siempre ha sido (y por su misma índole seguirá siendo mientras exista) cosa de minorías. La *actitud filosófica*, desde su origen griego, lleva en su esencia la secesión minoritaria del gran torso social, pues consiste en la búsqueda de unas convicciones propias, personales, porque ha perdido crédito ante uno justamente lo que viene funcionando como *opinión común*. Pero, por debajo de las opiniones —aunque éstas sean las llamadas *verdades filosóficas*— están aquellos vínculos más profundos por los que nos sentimos radicalmente pertenecientes a nuestro pueblo. Son, pues, dos órdenes de pertenencia distintos pero no mutuamente excluyentes —antes al contrario—. En la expresión orteguiana, tan difundida, «yo soy yo y mi circunstancia», está contenido esto: circunstancia básica es tu etnia, tu sustrato último. Yo me siento ante todo español. Toda esta fragmentación actual, a mi juicio artificiosa y convencional de las autonomías... algunas están perfectamente justificadas, pero otras me parecen arbitrarias y absurdas.

—¿Te sientes, según eso, antiautonomista?

—No me siento antiautonomista; lo que pienso es que con las divisiones convencionales de España ya tenemos bastante. Por ejemplo, ¿qué es eso de Castilla-León o Castilla-La Mancha? Yo no me siento «patriota» de Castilla-La Mancha, ni de Madrid, sobre todo entendidas como «nacionalidades». Yo amo mucho a mi región y a mi provincia y a mi pueblo; pero no elevo esos amores a la categoría de «patriotismo». Me siento español.

AQUELLA INSENSATA LUCHA FRATRICIDA

—Hablando de patria: tengo entendido que te licenciaste cuando empezó la guerra, que luchaste como soldado republicano y que fuiste herido. ¿Te importaría hablar de esta época de tu vida?

—En realidad me licencié poco antes de empe-

zar la guerra, en junio de 1936, e inmediatamente hice en Madrid el cursillo-oposición para cátedras de filosofía de instituto —en el que obtuve el número 1— y cuyo final coincidió con el estallido de la guerra civil. Muy pronto fui movilizado y posteriormente, en el verano de 1937, herido en la pierna derecha. Fue en el frente de Teruel, en la contraofensiva de Belchite. Una herida bastante considerable, con fractura abierta de tibia, de la que tardé en recuperarme. Con la ventaja, eso sí, de que no tuve que volver al frente...

—¿Tú luchaste por obligación o por devoción?

—Yo era republicano. Había sido de la F.U.E. Era, además, demócrata; pero sobre todo, liberal. Y, por lo tanto, me pareció muy mal el alzamiento. Pero inmediatamente después, por las experiencias personales que yo tuve, me horrorizó lo que estaba pasando en España. Aquello no era una República, aunque se llamase así; como lo del otro lado tampoco era una «cruzada», ni el nombre de «nacionales» que se daban correspondía a la realidad, porque eran «nacionalistas», mejor dicho, «nacional sindicalistas», que es cosa distinta.

—Con muy típicas connotaciones germánicas...

(Antonio sigue el hilo del discurso, ensimismado en sus recuerdos)

—Lo que me pasó a mí (y a muchos otros), es que nos encontramos en una situación terrible: la de, naturalmente, no querer traicionar nuestras ideas; pero sin tener tampoco ocasión de servir las con entusiasmo porque ya no eran nuestras ideas.

—¿Te encontraste desilusionado?

—Más que eso: interiormente desgarrado. Mira: de aquella insensata lucha fratricida prefiero hablar lo menos posible. Fue un trauma espantoso para todos los que la vivimos, pero yo creo que de un modo especial para las personas de mi generación. Los de la generación anterior estaban ya, más o menos, situados en la vida; los de la siguiente eran todavía niños. Para unos y para otros, en casos individuales, la guerra fue una tragedia espantosa. Pero si hablamos de generaciones, es evidente que la nuestra fue la más castigada. Y no sólo por el hecho, en definitiva externo, de haber llevado sobre sí, materialmente, el peso máximo de la contienda, sino, sobre todo, porque ésta nos sorprendió en el momento crucial de estar iniciándonos en la vida adulta. Y el brutal cercenamiento de los primeros, ilusionados pasos en la vida constituyó un golpe del que muchos no consiguieron —o no conseguimos— recuperarse nunca. La posguerra nos ofreció de pronto un mundo y un horizonte totalmente distintos de aquellos en función de los cuales habíamos hecho nuestro primer proyecto serio de vida. Había, pues, que empezar de nuevo, y hacerlo desde una situación y unas condiciones que no habían sido previstas. En un caso concreto —y en el de otros condiscípulos, por supuesto— tuvo un significado especial la ausen-



ANTONIO
1978.

Vista de Fuenllana. Dibujo a lápiz, por Antonio Rodríguez Huéscar.

cia, o el ostracismo, en ese nuevo mundo, de nuestros maestros. Unos, como Besteiro, estaban en la cárcel; otros, fuera. Morente, cuya conversión y ordenación sacerdotal, le obligaron a permanecer en la universidad, no era tampoco el mismo... El propio Zaraguëta no se encontraba en su sitio.

VIDA Y RAZÓN

Prefiero no seguir removiendo recuerdos desagradables. Pero en Antonio Rodríguez Huéscar he creído ver, siempre, un hombre sincrético y antitético a la vez —¿quién no lo es, lo sepa o no?—. Por eso, mis preguntas, van ahora referidas a él mismo, a su modo de pensar y de encarar la vida.

—Filosóficamente me parece que tienes una relativa fe en la razón, al menos en esa «razón vital» con la que Ortega puso algún orden en el caos. De un modo vital, emocional, visceral —como se dice ahora— ¿te consideras hombre de creencias? ¿En qué cree Antonio Rodríguez Huéscar?

—Hombres de creencias lo somos todos, porque sin creencias no hay vida humana posible. Pero la cuestión está en saber con seguridad en qué cree

uno de verdad, a diferencia de aquello que *creemos creer* y acaso, en última instancia, no creamos. Y este discernimiento es muy difícil. En segundo lugar, en esto de las creencias es también esencial el poder calibrar el grado de firmeza o de arraigo de las mismas. Por eso no puedo dar a tu pregunta una respuesta rotunda e inequívoca, sino muy matizada. Me referiré, ante todo, a la primera parte de ella: mi «fe en la razón». No: en el sentido fuerte de la palabra no tengo fe en la razón, ni aun adjetivando ésta, como haces, siguiendo a Ortega, como «vital». Te diré más: se puede tener fe en la «razón pura», como la tuvieron los racionalistas, porque la razón pura no se identifica con la vida inmediata, y hasta se opone a ella: es una contrahechura, gloriosa, pero contrahechura de la razón sin más; pero no se puede tener fe en la «razón vital», porque ésta es justamente la razón sin más, es decir, la razón como ingrediente, o estructura, o función *constitutiva* de la vida humana: es la vida misma funcionando, realizándose en forma de hacer, que tienen todos, si de verdad lo son, una estructura *justificativa*; y esa estructura, y no otra cosa, es la razón vital. Por tanto, en esta razón —que es la vida misma— no es cuestión de creer o no creer: vivir consiste en estar ejercitándola, sim-

plemente. Más aún: en tener que ejercitarla, *velis nolis*.

Pero, dejando aparte este sentido —que para mí es el primario— de la «razón» y ateniéndonos al uso más corriente de la expresión «fe en la razón», que podríamos traducir como «fe en el poder de la razón» para darnos un conocimiento seguro del mundo y de la vida, te diré que, efectivamente, mi creencia en ella es relativa, o mejor *crítica*. A fuer de filósofo, y en la medida en que lo sea, soy gato escaldado. Mi maestro Ortega, como sabes, ha visto en la duda la fuente nutricia de toda la filosofía —«tanto de duda, tanto de filosofía»— lo cual no significa escepticismo, sino necesidad de que la verdad filosófica esté constantemente revalidando, renovando y vivificando su evidencia, lo que es imposible sin la duda. En fórmula escueta: «verdad filosófica es superación de la duda filosófica; por tanto, sin ésta no hay aquélla». Esa necesidad de una presencia activa de la duda como constante estímulo o «carburante» de la verdad, es lo que realmente y con plena propiedad merece el nombre de *crítica*.

DIOS A LA VISTA

Por otra parte, como hombre de mi tiempo, no puedo ser ajeno a la general crisis de creencias —de toda clase de creencias— que caracteriza a nuestra desnortada época, y que hace de ésta algo tan inseguro, extraño y hasta estupefaciente. Pero crisis no quiere decir ausencia total —ya te dije que sin creencias no se puede vivir—: quiere decir, sí, ausencia de ciertas creencias, quiebra de otras y debilitamiento de las restantes, todo lo cual origina diversas reacciones «defensivas», entre las que destaca por su entraña paradójica, la ficción agresiva de firmes creencias como un *Ersatz* de las auténticas. Pues bien, puedo decirte que creo (bueno, por lo menos *creo creer*) en muchas cosas: en todo lo que enriquece la vida y le da sentido —y ahí entran todos, o casi todos, los valores «tradicionales»: verdad, belleza, justicia, bien, amor, solidaridad humana, respeto y estimación de toda excelencia, familia, amistad... Bien entendido: todo ello puesto al día pero conservando su esencia.

Creo, también, como contrapartida, en nuestra constitutiva limitación, ignorancia e indigencia, en el radical anclaje de nuestra vida en el misterio y en su correlativa proyección a lo trascendente. Si me preguntas por creencias religiosas te diré que las tengo. No coinciden plenamente, quizá, con las de ninguna religión positiva. Están más cerca, naturalmente, del cristianismo, e incluso del catolicismo. Pero yo no me definiría como católico. Soy un creyente en el sentido que acabo de precisar: con una creencia trágica de dudas, de perplejidades, de inquietudes... no soy católico

practicante. Pero me encuentro en un clima espiritual muy próximo al cristianismo. Me parece que el temple que preside la actitud negativa de muchos hombres de hoy, ante aquellos valores y estas dimensiones de la vida, su agnosticismo «desmitificador», su materialismo «cientificista», su sistemática negación de la norma, su estólido «progresismo», etc., etc., es uno de los templos más estúpidos y de corto aliento, más ridículamente engreídos y, en definitiva, más frívolos e inauténticos que ha conocido la historia.

POLÍTICA Y MORAL

—*Mi siguiente pregunta creo que, al menos en lo esencial, la has contestado ya. Es la siguiente: ¿te consideras conservador o progresista? Tengo la impresión de que eres una mezcla...*

—Por lo que acabo de decirte, colegirás que, efectivamente, soy algo así como una mezcla. Más que mezcla, lo que sucede es que estos términos están cargados de un sentido político deformante, semánticamente degradados. Y donde entra la política todo lo enturbia y confunde. Soy «conservador», no en el sentido político, pero sí en cuanto creo que se debe conservar todo lo valioso que el hombre ha ido descubriendo o creando en la historia, que no hay que renunciar a ello, sino asimilarlo e incorporarlo a nuestro presente. Renunciar a la «tradición» —en el sentido literal del término— es retornar al primitivismo (y, en efecto, este es otro rasgo visible en aquellas actitudes antes aludidas).

En ese atesoramiento y transmisión de riquezas culturales y espirituales consiste el verdadero progreso humano. Por eso resulta que el conservador, en este sentido concreto, es el verdadero amante del progreso. Entonces el «progresista» tópico actual resulta ser, en realidad —y siento tener que emplear la palabra, pero es así— un «reaccionario». En efecto, el «progresismo» es una ideología, y hasta un «dogma», típicamente decimonónico. Ser progresista, en el siglo XX —y más ya a finales de él— es puro reaccionarismo. Al menos, puro anacronismo.

—*¿Te consideras liberal?*

—Liberal sí lo soy, lo he sido siempre, porque el liberalismo no es —o no es sólo— un mote político, sino un modo de entender la convivencia, con cuya actitud y orientación coincido. En la medida en que una política, aunque no se llame liberal, asuma esta orientación, estaré de acuerdo con ella, pero advirtiéndote que el liberalismo político actual no puede seguir siendo ya el de antaño, sino que debe atenerse a las exigencias de hoy y ser reformado en consecuencia.

—*Otra cuestión, Antonio. Y ésta no sé si sabré plantearla en sus justos términos, porque su formulación requeriría una contextualización exten-*

sa que, obviamente, aquí no puedo hacer. Veamos: «derechas» e «izquierdas» son términos tópicos, politizados también pero, aparte de opciones políticas, ¿son también opciones morales?

—Son opciones políticas, sin duda, pero están sometidas a la misma ambigüedad semántica de los términos políticos antes mencionados, y de otros como «democracia», «revolución», etc., que los usa y reivindica todo el mundo y que no se sabe ya bien lo que significan. En la praxis política, y en boca de quienes se los adjudican, han pasado a designar también opciones —o mejor, pseudo-opciones— morales, culturales, y hasta, con frecuencia, insultos o armas arrojadas. A mí me parece que tratar de definir una personalidad, o de calificarla moral o culturalmente por su «localización» —presunta o real— a la derecha o a la izquierda, es propio de cerebros rudimentarios, o, dicho en plata, una majadería. (Yo, por ejemplo, sin haber cambiado de manera de pensar —«liberal» y «democrática», bien entendidos ambos términos— he podido ser tildado de izquierdista por unos y de derechista por otros. Y como yo, tantos otros en análoga tesitura). Pero, en definitiva, en el fondo de estos términos late la banderización bipolar del mundo actual y su situación de potencial —pero efectiva— guerra civil. Mientras no se supere en las conciencias de los hombres de hoy esta torpe confrontación, y el odio que la sustenta, me temo que el mundo va a ir dando tumbos, sin encontrar salida —que no sea la catástrofe— a sus problemas actuales.



VIDA PROFESIONAL EN ESPAÑA...

—Si te parece, vamos a retomar el hilo de tu vida. Después de la guerra fuiste profesor en el «Colegio Estudio». ¿Cómo fue eso?

—Sí, fui en él, durante diez años, profesor de filosofía. ¿Por qué? Después de la guerra yo no hice nada por incorporarme a la enseñanza oficial. Me pareció que, estando todos mis maestros fuera de ella —alguno en ella aún, pero en un estado de semi-ostracismo— yo no debía estar en ella, y menos aún cuando los que ingresamos en institutos por el sistema de cursillo-oposición se nos negó, con la más absoluta arbitrariedad, todo derecho, sin duda, porque el sistema había sido instaurado por la República. Después de algún tiempo de tras-humancia en la enseñanza privada, encontré en el Colegio Estudio, recién fundado, un verdadero hogar docente. Este benemérito centro, heredero del Instituto Escuela y, por tanto, del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, pudo surgir y desarrollarse en la España franquista, diríase que casi milagrosamente, gracias al tesón, a la inteligencia y a la insobornable y lúcida vocación pedagógica de Jimena Menéndez Pidal, ayudada en su labor directiva por las también admirables Ángeles Gasset y Carmen García Diestro, y con la entusiasta colaboración de un valioso equipo profesional, del que no citaré más nombres —porque de lo contrario tendría que citarlos a todos— que el del eminente físico Miguel Catalán, por ser, como marido de Jimena, también de algún modo miembro del equipo directivo. La labor del Colegio Estudio en la España de después de la guerra, es un fenómeno histórico, social y cultural que algún día habrá que analizar cuidadosamente, por lo que en sí mismo fue y por la luz que ese análisis arrojaría, sin duda, sobre diversos aspectos de ese período de la vida española.

...Y EN AMÉRICA

—Después fuiste a Puerto Rico, y allí pasaste varios años...

—Desde 1954 empecé a tener invitaciones para enseñar en algunas universidades hispanoamericanas: primero en Ecuador, donde me ofrecieron la organización y el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuenca. Mi primer impulso fue aceptar: mis hijas crecían y, con ellas, mis exigencias familiares, y mi situación económica se iba haciendo precaria. El rector de la universidad ecuatoriana, y poco después ministro de Instrucción Pública, doctor Cueva Tamariz, tuvo la deferencia de esperar mi decisión durante varios meses... Pero yo no podía irme mientras Ortega estuviera en Madrid. Después tuve una oferta para Costa Rica, aún en vida de Ortega.

quien escribió al rector recomendándome; pero al final también la decliné. Mas, cuando ya muerto Ortega, recibí la invitación de Puerto Rico, no lo dudé, y fui contratado, como profesor visitante de filosofía, en sustitución de Risieri Frondizi, el filósofo argentino que, exiliado en Puerto Rico, regresó a su país a la caída de Perón. En enero de 1956 me fui a Puerto Rico, con la intención de estar allí sólo un año o dos; pero encontré en aquella universidad tantas facilidades y tan buenas amistades —entre ellas las de Tomás Rodríguez Bachiller, el gran matemático español, y la de Manuel García Pelayo, el ilustre politólogo y jurista, actual presidente del Tribunal Constitucional, y muchos otros cuya lista sería larga—, y tan buena acogida por parte del rector, Jaime Benítez y del decano de la Facultad de Humanidades a la que pertenecía mi departamento, el profesor español de arte Sebastián González García, que acabé quedándome allí durante quince años, ya como profesor permanente, que equivale a nuestro numerario, con el *status* máximo de catedrático.

(Antonio queda en silencio, recordando. En la calle se oyen bocinazos impacientes, que contrastan con la quietud del despacho. El magnetófono, mostrenco, los recoge fielmente.)

—La Universidad de Puerto Rico era una especie de universidad-puente entre Europa y América. Por ella pasaban y en ella residían, gracias a la política abierta de Benítez, eminentes profesores y artistas de ambos continentes: Pedro Salinas, Navarro Tomás, Juan Ramón Jiménez, Francisco Ayala, Ricardo Gullón, Dámaso Alonso, Julián Marías, Américo Castro, Sánchez Albornoz, Federico de Onís, Lain Entralgo, Aranguren, Ferrater Mora, José Gaos... Allí encontré un clima propicio para entregarme a un trabajo personal, del que han salido mis principales publicaciones. Fui jefe de redacción de la Editorial Universitaria y director adjunto de *La Torre*. Recién llegado edité, por encargo del rector —discípulo a distancia de Ortega— el gran número monográfico de *La Torre*, dedicado a mi maestro, que abrió esta serie y marcó la pauta para números ulteriores.

LA OBRA FILOSÓFICA

—¿Hablamos de tu obra, Antonio? ¿Cuáles son tus libros principales, qué temática abordan en ellos...?

—Creo que mis libros principales son *Perspectiva y Verdad*, *Con Ortega y otros escritos* y *La innovación metafísica de Ortega*. En el primero y tercero de los libros mencionados el asunto central es un intento sostenido de interpretación, esclarecimiento y absorción personal del difícil pensamiento orteguiano, como viático necesario para mi propio pensamiento. En el segundo —así como

en otros ensayos publicados en diversas revistas y no reunidos aún en volumen— expongo mis propias opiniones sobre diversos temas, principalmente metafísicos, o, por lo menos, vinculados, en su enfoque, a temas metafísicos. Así, *Mirada a la Metafísica*, *Para una teoría de la posibilidad*, *Filosofía y vida individual*, *Problemática de la novela*, *Unamuno y la muerte colectiva*, *Sobre el perder y el ganar*, *Homo Montielensis*. *La rebelión contra el tiempo*, *La verdad como liberación del hombre hacia sí mismo*, *El principio del idealismo como punto de partida de su superación*, *Sobre el origen de la actitud teórica*, etc. En otro libro, *Del amor platónico a la libertad*, he reunido estudios sobre obras y autores clásicos de la filosofía, que van desde Platón (*Fedro y Banquete*) hasta Stuart Mill (*Sobre la libertad*) —de ahí el título del libro—, pasando por Aristóteles, San Agustín, Abentofail, San Buenaventura, Descartes, Rousseau, Diderot, Kant y Comte.

—En alguna ocasión, de pasada, me has hablado de tus inéditos. ¿Tienes mucha obra inédita?

—Mi obra inédita es casi más voluminosa que la publicada, pero está inacabada. Puedo decirte que tengo algo en marcha, o a medio escribir y en espera de reanudación y acabamiento no menos de seis o siete libros, que te enumeraré, y que están en estas carpetas y cuadernos que ves.

(Antonio se levanta, abre un armario y me muestra una anaquelos llenos de carpetas, gruesas carpetas, cuidadosamente ordenadas.)

...—Algunos son trabajos muy antiguos. As esta carpeta contiene los materiales para un libro *Las simetrías conceptuales de Kant* (que probablemente ya no acabaré). Estas otras corresponden cursos universitarios, todos en la Universidad de Puerto Rico; cada uno de los cuales puede convertirse fácilmente en un libro y así lo proyecté *Tiempo y posibilidad*, *Perspectiva y situación*, *Ficción y realidad*, *Los modos de acceso a la realidad* y algunos otros. Pero lo que hoy más me interesa abordar es la terminación de un libro, en que trato de exponer mis ideas filosóficas fundamentales, y del que tengo redactados unos cien folios, y muchos apuntes y notas, cuyo título no tengo aún decidido, pero me inclino por este: *Etho Logos. Las bases metafísicas de su mutualidad*. De un modo inmediato, reuniré en un volumen las conferencias, ensayos y artículos que he dado escrito en diversas conmemoraciones orteguianas: —su muerte, el primer decenario de ella, los años de la misma, y, ahora, el centenario de su nacimiento—. Dará un tomo de unas 250 páginas con el título *Ortega conmemorado*. También quiero reunir en otro tomo otra serie de ensayos filosóficos de pensamiento propio, algunos publicados en revistas y otros inéditos, que llevará el título del primero de ellos: *Mirada a la metafísica*. En otro volumen querría reunir mis escritos de ca

ter pedagógico. Y, en fin, ya en otro terreno más literario, o puramente literario, un libro de viajes, dos novelas que tengo iniciadas y medio escritas y un tomito de narraciones cortas. Como ves, demasiadas cosas para un tiempo ya, en cualquier hipótesis, escaso. Pero, ¿qué se le va a hacer? Llegaré hasta donde pueda...

(Se hace un silencio. Pienso que es reconfortante ver a un hombre, con 71 años, tan lleno de proyectos, de intereses. Pienso, también, algunas banalidades sobre la interacción psique-soma, que no transcribo. No, definitivamente, nunca es tarde...)

LA OBRA LITERARIA

—Antonio, me has hablado de novelas. Sé que tienes una publicada —Vida con una diosa— que fue finalista en el Nadal. ¿Hablamos de tu actividad literaria?

— Mi actividad de escritor empieza muy joven. En realidad, de niño. Ya en la escuela hacía poesías, y en el bachillerato. De universitario llegué a tener dos tomos de poesía. Pero perdí todos mis escritos de esa época en la guerra. Sobre todo siento haber perdido los apuntes que tenía de Ortega, pues seguí casi todos sus cursos, de 1931 a 1936...

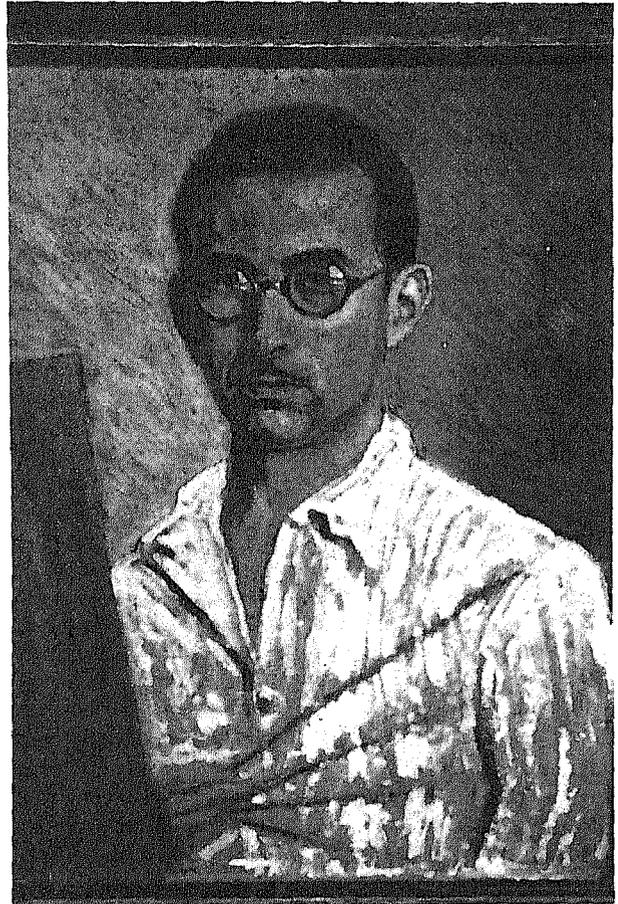
(Antonio queda un momento pensativo. Hace un gesto con la mano, como si aventase malos recuerdos.)

...—Tenía también una novela corta, con influencias barojianas y de Máximo Gorki. Era una novela de bajos fondos: la vida de una muchacha campesina que llega a la gran ciudad. Y acaba en tragedia, como era inevitable. La novela a que te referías, *Vida con una diosa*, fue finalista del Premio Nadal el año 48, el año en que ganó Sebastián Juan Arbó. El secretario del jurado era Vázquez Zamora. Llevaba mi novela como candidata. Me dijo que le gustaba, pero que le quitase unos interludios que, según él, perturbaban la lectura. Yo entonces era muy joven y no cedí. Aquello le pareció una impertinencia, y no me votó. Luego me llamó, para decírmelo; con muy buenas palabras, pero me dio a entender que había sido por lo de los interludios... Yo no sé si fue bueno o malo que no me dieran el Premio Nada. Aquello me desanimó. Puede que, si no, me hubiera orientado por ese terreno literario...

—¿De qué va la novela?

—Es la ficción de un individuo que se encuentra con una muchacha que es una diosa griega. El problema novelístico era darle verosimilitud a esta trama tan fabulosa. Es un tema que se me impuso: durante meses estuve obsesionado por dar forma a lo que podía ser la vida con una diosa...

—¿Le va mejor al protagonista que con las mujeres mortales?



Auto-retrato al óleo. (Pintado cuando el autor tenía 26 años.)

—No, no, le va muy mal. Acaba trágicamente, en Atenas, suicidándose en el Partenon...

(Antonio se ríe. Luego explica):

—La novela en mí no es una veleidad. La novela es un ensayo complementario de la filosofía. Esto es algo que sucede en la filosofía de todo nuestro siglo —Sartre, Camus, Marcel,...—. Para mí la novela es un modo de conocimiento de ciertos aspectos de la vida que no son asequibles a la razón. Ortega ha hablado de una «razón narrativa», otro nombre de la «razón histórica» y la «razón vital».

LA TENTACIÓN DE LA FORMA

—Antonio, vamos a otro de tus mundos, de tus aficiones: la pintura.

—La pintura ha sido para mí también una tentación. Comencé a pintar muy joven. Y ante la pregunta clásica: *quod vitae sectabor iter*, tuve un tiempo mis vacilaciones. Ortega me ayudó a resolver este problema. (Ortega se ocupaba de los más mínimos detalles de sus alumnos). Un día me dijo

que tenía que hablar seriamente conmigo: «Huéscar —me dijo— esto le está perturbando a Vd. y no debe perturbarle. Vd. tiene que decidir el asunto, claro está. Yo creo que Vd. haría un buen papel en las artes plásticas. Pero aun suponiendo que esto fuese así, en el mejor de los casos, la pintura no responde a lo que yo creo que son las inquietudes fundamentales de su vida. Los problemas que le han llevado a la filosofía y a la literatura». En cambio me hizo ver que entre estas dos últimas no había incompatibilidad, y que incluso se podrían fundir en un mismo designio...

He seguido pintando, pero por afición, de tarde en tarde, sin la dedicación que habría exigido...

(Antonio me enseña fotografías de algunos de sus cuadros y cuadros originales. Hay bodegones y retratos, de excelente factura clásica. Hay también unos deliciosos paisajes a la acuarela. «Están algo desvaídas —me aclara— porque las pinturas no eran muy buenas». Hay también unos dibujos a lápiz —paisajes y retratos— magníficos, precisos. Verdaderamente es una pena que no se pueda hacer en la vida todo aquello para lo que uno se siente llamado y para lo que tiene aptitudes...)

EL OMNIPRESENTE ORTEGA

—Antonio, durante todo este tiempo ha estado presente —al menos latente— Ortega. ¿Cuáles son tus recuerdos más importantes de Ortega?

—Bueno, de Ortega yo tengo recuerdos entrañables. Y la impresión general de él, que era la de estar en presencia de la filosofía misma. En cuanto tocaba un tema, tenía su palabra la «virtus» de desvelarlo, de aclararlo...

—Eso pasa leyéndole...

—Sí, pero ante él tenía mucho más dramatismo. Tenías la impresión de estar ante un cerebro funcionando a toda máquina, en el que se estaba produciendo una alquimia prodigiosa. Si el secreto del pensamiento auténtico consiste en poner cualquier tema en conexión con las grandes cuestiones del espíritu humano, eso lo hacía Ortega de un modo totalmente espontáneo y yo diría que irremediable. Aunque no quisiera: de cualquier cosa que hablase, de una corrida de toros, de un partido de fútbol... Tenía la virtud nudificante de la palabra. Era, en definitiva, la impresión del genio.

—¿Ortega era una persona cordial?

—Cordialísimo. Yo tengo recuerdos increíbles. Estaba atento a nuestros problemas, como te decía antes. Se preocupaba por si tenías o no trabajo, o vivienda. Te ayudaba en todo lo que podía. Yo faltaba a veces a la tertulia de la Revista. A estas ausencias mías las llamaba Ortega «ausencias planetarias». Cuando aparecía yo de nuevo me preguntaba: «¿De qué planeta viene Vd., Huéscar?».

—¿Era irónico?

—Sí, pero era una ironía totalmente bien intencionada. Era una ironía socrática, buena.

—¿No atacaba?

—No. Hacía crítica. Pero sin atacar. Trataba de entender, siempre, a todos. Mira, quizá uno de los aspectos más relevantes de su personalidad era su afán por sacar a la luz, por llevar a la plenitud, lo mejor de cada uno. Se basaba en lo que yo he llamado su «platonismo intrínseco». Hay paradigmas, sí; pero en cada uno. En la *Estética en el tranvía*, en las *Meditaciones*, está clarísimo: «Hay en toda cosa la indicación de una posible plenitud». Domingo Ortega, el torero, que es un hombre muy inteligente, se hizo amigo de Ortega. Un día nos contaba que, cuando conoció al filósofo, estuvieron hablando de toros. Y que le sorprendió comprobar que sabía de toros una barbaridad. «Y cómo sería la cosa —nos dijo—, y tienen que crearme bajo mi palabra, que desde aquel día yo toré mucho mejor». En Domingo Ortega había un gran torero; pero José Ortega, el filósofo, le ayudó a descubrirse, a realizar con mayor plenitud su paradigma intrínseco. Esto lo hacía, o lo intentaba hacer, siempre, con todos.



Una foto histórica: Ortega y Zubiri, en El Escorial, por los años treinta.

—¿Cómo murió Ortega? Quiero decir: ¿cómo encaró la muerte?

—Con gran serenidad. Un día o dos antes de operarle se estuvo hablando de la operación. Ortega estaba preocupado, pero hablaba con objetividad y conocimiento de causa. No pudo evitar la ironía y el símil taurino: «Esta operación, en comparación con otras que ya he sufrido, es una novillada». A mí me recordaba, a posteriori, la serenidad socrática ante la muerte.

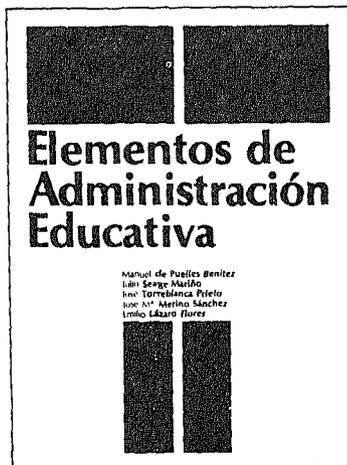
—¿Era creyente Ortega?

—Él dijo siempre que era a-católico (no anti-católico). Pero era creyente. Siempre sostuvo que el hombre está mutilado sin el horizonte de las postrimerías. Sobre toda esta temática Ortega escribió mucho. No sólo en *Dios a la vista*, sino en

muchos otros lugares de su obra. Y siempre de esos pasajes trasciende un profundo respeto por la dimensión religiosa del hombre y una actitud de honda conciencia de nuestra pequeñez, de sobrecogimiento ante el *mysterium tremendum* y, a la vez, *fascinans* de lo divino.

Y hay que poner punto final. He estado cerca de tres horas con Antonio Rodríguez Huéscar, filósofo, novelista, profesor, pintor... Forzosamente, por obvias razones de espacio, debo extraer. Tengo que dejar en el tintero sus recuerdos de Zubiri, de Morente, de Gaos, de Besteiro; de aquella «Edad de Oro» que vivió en la Facultad de Filosofía y Letras. Sólo pretendía dar una visión de conjunto del hombre y de su obra. Espero, al menos en parte, haberlo conseguido.

ADMINISTRACIÓN EDUCATIVA



La administración educativa como organización y como proceso. La planificación de la educación. La financiación de la educación. Recursos humanos y físicos. Construcciones escolares y equipamiento. Administración del centro escolar.

17 x 24 cm
318 páginas
775 pesetas

Estructura organizativa del centro escolar. Ordenación y organización de la enseñanza. Organización administrativa. Régimen económico. Los alumnos.

17 x 24 cm
233 páginas
700 pesetas



Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia



Venta en:

Planta baja del Ministerio de Educación y Ciencia. Alcalá, 34. Madrid-14. Paseo del Prado, 28. Madrid
Edificio del Servicio de Publicaciones. Ciudad Universitaria, s/n. Madrid-3. Teléfono: 449 67 22.